
DAVID CASTRO DEVESA

ESPAÑA
EN EL RUEDO

Género y nación
a través de las corridas de toros
(1874-1931)

GRANADA, 2022

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», esta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

© *Imagen de cubierta: Lluvia de toros [Disparate de toritos (Disparate de tontos)]*, perteneciente a la serie «Los Disparates (Proverbios)», realizado por Francisco José de Goya y Lucientes, hacia 1815-1819. Estampa grabada al aguafuerte, aguatinta y punta seca sobre papel verjurado, ahuesado, 306 x 445 mm. Madrid, Museo del Prado.

Diseño de cubierta y maquetación: Miriam L. Puerta

© David Castro Devesa

© Editorial Comares, 2022

Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-378-1 • Depósito Legal: Gr. 722/2022

Impresión y encuadernación: COMARES

Un maremágnum de agradecimientos a Mercedes Yusta Rodrigo y Ana Aguado Higón, por toda la ayuda y el apoyo que me brindaron durante la realización de mi tesis doctoral, a Xavier Andreu Miralles, Nerea Aresti Esteban y Adrian Shubert, por la inspiración que me proporcionaron sus estudios históricos, y a todas y todos los que me rodean, por haber coadyuvado a la ejecución y a la publicación de esta investigación.

SUMARIO

PRÓLOGO, <i>por Xavier Andreu Miralles</i>	IX
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1.—UN IMAGINARIO NACIONAL GENERIZADO (1740-1874)	11
CAPÍTULO 2.—LA EXCLUSIÓN SOCIAL Y JURÍDICA DE LAS TORERAS (1874-1912)	39
CAPÍTULO 3.—LA CORRIDA DE TOROS EN LA QUERRELLA SOBRE LA MASCULINIDAD NACIONAL (1874-1920)	65
CAPÍTULO 4.—HACIA LA RESTAURACIÓN DE LA VIRILIDAD NACIONAL (1898-1931)	83
CONCLUSIONES	105
EPÍLOGO	109
FUENTES DOCUMENTALES	117

PRÓLOGO

Afortunadamente, el género, esa categoría útil para el análisis histórico, como la definió Joan W. Scott en un famoso texto, no es ya un recién llegado a la historiografía española. No obstante, las perspectivas analíticas que abrió la introducción de esa categoría en el estudio de las relaciones de poder no sólo entre hombres y mujeres, sino dentro de las sociedades y entre ellas, sigue quizás sin explorarse en todas sus posibilidades. La historia de género no es sólo (aunque, obviamente, también lo es) historia de las mujeres. Por diversas razones. En primer lugar, porque su objeto de estudio son unas feminidades y unas masculinidades que se configuran siempre relacionalmente. En segundo lugar, como ha reconocido recientemente la propia Scott, porque son esos discursos sobre la feminidad y sobre la masculinidad los que definen y delimitan la diferencia sexual, y no a la inversa. Por último, porque tales categorías son centrales en la significación y legitimación de todo tipo de relaciones de poder, con lo que la perspectiva de género ha transformado y ampliado profundamente en las últimas décadas nuestra comprensión no sólo de la experiencia vital de las mujeres y de los hombres del pasado, sino también de los grandes procesos históricos en su conjunto: de la configuración de la ciudadanía al imperialismo, de la arquitectura de las relaciones internacionales a la conformación de la esfera pública, de los discursos y las prácticas políticas, artísticas o literarias de todo signo a las diversas formas de dominación racial o de clase que han atravesado y siguen atravesando el mundo en el que vivimos.

El género es también una categoría fundamental para entender y analizar las naciones en el mundo contemporáneo. El tropo familiar y otras metáforas de género fueron claves para imaginar la nueva comunidad política nacida de las revoluciones liberales de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, para visualizar y aprehender esas «madres patrias» que empezaron a convertirse en el horizonte último de una legitimación política que siguen ocupando. Sirvieron además para definir y ordenar jerárquicamente la diferencia en el seno de las nuevas comunidades políticas. La retórica potencialmente democrática e igualitaria del discurso nacionalista fue contrarrestada mediante la aplicación al cuerpo social y al edificio

político de la lógica de la subordinación familiar, aunque esto no impidió que aquella se mantuviese siempre latente y que pudiera ser utilizada en los procesos de democratización.

El género es, por tanto, una variable fundamental para entender cómo se configuraron y siguen haciéndolo las naciones modernas. Con todo, el proceso funciona en ambos sentidos. Los nuevos discursos sobre la nación participaron en la modulación de nuevos ideales normativos de relaciones familiares, sexuales o amorosas, y prescribieron formas de conducta y de acción diferenciadas a los sujetos nacionales en función de si eran hombres o mujeres. La nación es una categoría igualmente trascendental, en consecuencia, para entender las relaciones de género propias del mundo contemporáneo. Esas «comunidades imaginadas» que siguen siendo centrales en cómo entendemos y ordenamos el mundo no son una simple traslación de unos ideales familiares o de género previamente constituidos. Ni los discursos de género propios de la contemporaneidad derivan de una determinada manera de pensar la comunidad política ya existente. Ambas categorías se han configurado y articulado mutuamente, aunque de formas diversas y cambiantes, en el mundo contemporáneo.

España en el ruedo de David Castro Devesa aborda esta relación íntima entre ambas categorías en un momento trascendental de la historia contemporánea de España. En las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX, la confluencia de una serie de procesos históricos supuso una transformación profunda, e interrelacionada, tanto de los discursos de género dominantes como de las formas hegemónicas de imaginar la nación española. La aparición de las primeras reivindicaciones feministas y las reacciones que este fenómeno provocó, la generalización de nuevos discursos científicos y de nuevas interpretaciones raciales, la «crisis de masculinidad nacional» provocada por el «Desastre del 98», el debate entre casticismo y modernidad o la consolidación de la cultura de masas en la península son sólo algunos de los procesos que aborda David Castro tras situar la dimensión nacional y de género de todos ellos bajo el foco de su análisis. Lo hace, además, dirigiendo la luz hacia unos ruedos taurinos cuyos protagonistas fueron considerados en aquel periodo, tanto por críticos como por apasionados, como la encarnación simbólica de las taras o de las virtudes del carácter español.

La elección de este objeto de estudio para la defensa de una tesis doctoral de la que deriva el presente trabajo denota no sólo valentía (torera, podríamos añadir completando el guiño), sino también madurez intelectual, al identificar la relevancia de un tema nada menor, sino central, para el estudio de los procesos que se abordan. Un tema que se encara además desde la seriedad que requiere, en la línea de los rigurosos trabajos de historiadores como Adrian Shubert, Bartolomé Bennassar o Alberto González Troyano, huyendo tanto de los relatos celebratorios y poco críticos que abundan sobre la «fiesta» como de la desidia hacia el estudio de un fenómeno que resulta fundamental para comprender la historia sociocultural de la España contemporánea. Lo es, por ejemplo, para entender la consolidación

de la sociedad y la cultura de masas en la España del cambio de siglo y para analizar la difusión de nuevos discursos nacionales y de género en una esfera pública que no paraba de ensancharse y en la que el mundo del toreo, en todas sus dimensiones, ocupaba un lugar destacadísimo. El debate sobre la legitimidad o viabilidad de la participación o presencia de las mujeres en las plazas, sobre si podía identificarse o no la figura del diestro con la virilidad nacional y lo que ello significaba, o sobre si quien mejor encarnaba el arte del toreo y dicha virilidad era Juan Belmonte o Joselito, enardecían los ánimos en las gradas y en los cafés, en la prensa taurina y en la generalista, y llevaban a profundas reflexiones y a aceras disputas a ensayistas, científicos, dramaturgos o cineastas, como muestra David Castro tras analizar una enorme cantidad y variedad de fuentes históricas. Todos estos debates fueron fundamentales tanto en la conformación de los lenguajes nacionales y de género del periodo como en el aprendizaje e interiorización por parte de los sujetos históricos de las identidades sociales asociadas a ellos.

Como muestra David Castro, el debate provocado por la presencia de mujeres toreras fue clave en la delimitación de la diferencia sexual en la España de la Restauración. La cuadrilla de Las Noyas o La Reverte aprovecharon las lógicas abiertas por el mercado y por el propio interés que generaba entre parte de los espectadores el acto transgresor de enfundarse un traje de luces, para forzar las costuras de los discursos dominantes y saltar a las plazas. La reacción que provocaron entre gran parte de los críticos y los aficionados, que las vincularon al naciente feminismo y al mundo al revés que según ellos propugnaba, muestra a las claras de qué modo la existencia de unas supuestas diferencias naturales entre hombres y mujeres necesitan ser constantemente señaladas y afianzadas. La legislación que acabó echando a estas mujeres toreras de los ruedos a principios del siglo xx sancionaba un discurso patriarcal hegemónico basado en la complementariedad de los sexos para el que la única presencia posible de las mujeres en la plaza era como sujetos pasivos: como bellas espectadoras encargadas de adornar el tendido y de reafirmar con sus aplausos la masculinidad del torero. Por su parte, el caso de La Reverte/Agustín Rodríguez, el debate público sobre su sexualidad y el modo en el que ésta influyó en cómo era interpretada su desempeño en la plaza, muestran la necesidad creciente en aquellas décadas de recurrir a la biología para fijar la naturaleza de unos cuerpos que se resisten a menudo a aceptar sin más lo que los discursos hegemónicos esperan de ellos. Como en toda Europa, los deportes y la actividad física fueron fundamentales (como lo siguen siendo en la actualidad) en la naturalización de la existencia de una diferencia inconmensurable entre hombres y mujeres. El caso de las toreras que analiza David Castro muestra también, en este sentido, la capacidad de resistencia y transgresión de los sujetos históricos, como ejemplifican particularmente Juanita Cruz o Cristina Sánchez, quienes en la Segunda República y en el presente periodo democrático, respectivamente, asociaron conscientemente su voluntad de torear a la lucha por los derechos de las mujeres.

A su vez, estos debates sobre las mujeres toreras del cambio de siglo, estuvieron atravesados por la dimensión nacional que se asociaba en España a la figura del torero. Como señala David Castro, la identificación del torero como «fiesta nacional» y la celebración de su protagonista en tanto que máxima expresión de la virilidad española hacían particularmente problemática en la península, a diferencia de lo que ocurría en otros lugares, la existencia de mujeres toreras. En un contexto internacional de competición imperial marcado por la idea de degeneración racial y por las sombras que se cernían sobre el futuro de las «razas latinas», el torero y el espectáculo taurino en su conjunto se convirtieron en uno de los ejes desde los que se discutieron desde finales del siglo XIX los déficits y las virtudes del carácter nacional de todos los españoles. Los regeneracionistas pusieron particularmente en la picota a la fiesta taurina. Las críticas arreciaron tras el «Desastre del 98», aunque no faltaron tampoco nunca sus defensores. La corrida se convirtió a un mismo tiempo, según el punto de vista, en síntoma, causa o solución de los problemas de una España aquejada de una «crisis de masculinidad nacional». El fenómeno fue común en un mundo occidental de ansiedades raciales e imperiales, aunque, como en todas partes, fue vivido en la península desde la excepcionalidad. El debate sobre cómo afectaba al carácter y a la virilidad de los españoles una fiesta considerada expresión del ser nacional y que reunía en las plazas a miles de espectadores fue uno de los vectores a través de los cuales se redefinieron los lenguajes de la nación en la España de las primeras décadas del siglo XX.

Asimismo, como demuestra David Castro, la discusión sobre el torero y los ideales de género normativos que entraban en juego en la misma, estuvieron relacionados con la pugna entre los diversos proyectos políticos y nacionales de la España de la Restauración. Precisamente por ser reconocida por todos como un fenómeno propiamente nacional, las diversas culturas políticas del periodo podían plantear en su crítica o en su elogio el horizonte nacional que deseaban para el futuro. Una controversia que rodea siempre a los símbolos nacionales y que, lejos de denotar debilidad por la ausencia de consenso, como en ocasiones se ha argumentado, lo que muestra es la vitalidad de una identidad nacional que comparten quienes participan de la discusión. Las diversas maneras de entender España que competían en la esfera pública por la hegemonía tomaron parte, por ello, en la polémica sobre el significado del torero y sobre la virilidad de sus protagonistas. Lo hicieron además desde posiciones que no pueden reducirse a un simple enfrentamiento entre casticismo y modernidad que remite al manido tópico de las dos Españas. Lo señala con acierto David Castro a propósito de la rehabilitación de la fiesta que llevaron a cabo diversos autores novecentistas mediante la reivindicación de la figura de Juan Belmonte, un torero en el que parecían fundirse el arrojo y la valentía propios de la tradición nacional con la racionalidad, las virtudes domésticas y la galantería del mundo moderno. Desde estos u otros parámetros, el espectáculo taurino podía ser reclamado como propio de la nación española desde muy diversas culturas políticas. Al fin y al cabo, en la Guerra Civil

fue utilizado simbólicamente tanto por los defensores de la República como por los golpistas que se sublevaron contra ella. Fue la apropiación posterior de la fiesta por parte del franquismo lo que la inhabilitó a ojos de muchos como un referente de futuro para la nación española. Con todo, esto no ha impedido que el mundo taurino, a través particularmente de la imagen del toro bravo (cargado de unas connotaciones de género que remiten de nuevo a la virilidad de los españoles), siga siendo uno de los símbolos fundamentales a través de los cuales los hombres y las mujeres de la península construyen y naturalizan sus identidades.

Xavier Andreu Miralles